

# LA OTRA GUERRA MUNDIAL

JOAQUIN RABAGO

**O** CURRE que las abscisas nos hacen olvidar las ordenadas. Tan absorbidos estamos por el difícil diálogo Este-Oeste, que corremos el riesgo de pasar por alto el no menos crucial debate Norte-Sur. Apenas unas breves líneas le vienen dedicando los periódicos en ese aséptico "ghetto" que son sus páginas económicas. Unas líneas para explicar que la quinta UNCTAD (1), que se celebra este mes en Manila, es lo que se llama "una merienda de negros"; que los 119 países en vías de desarrollo que forman el llamado "grupo de los 77", no logra ponerse de acuerdo, o que la URSS se ha retirado de la Conferencia en protesta por la presencia en la misma del representante del derrotado régimen camboyano de Pol Pot. El resto es silencio. ¿No tenían, pues, razón aquellos países tercermundistas que, el año pasado, planteaban en la UNESCO la urgencia de un nuevo orden internacional de la información que permitiese acabar con el colonialismo de las grandes agencias de noticias? (2). Ahora esos mismos países reivindican un nuevo orden, esta vez económico, que sustituya, ventajosamente para ellos, al que quedó establecido por los acuerdos de Bretton Woods.

### Nada más que migajas.

El tema de las ayudas oficiales a los países en desarrollo es uno de los grandes motivos de propaganda de Occidente cara al Tercer Mundo. No obstante, esa demagogia apenas consigue encubrir una realidad vergonzosa: mientras las deudas del Tercer Mundo alcanzan cifras astronómicas, la ayuda que aquéllos reciben de los países industrializados está en su nivel más bajo desde los años cincuenta. Pues frente al 0,7 por 100 del PNB de esos países, establecido por la ONU como meta deseable, el promedio realmente alcanzado por dicha ayuda es de un 0,31 por 100. Sólo Suecia, (0,49 por 100), Holanda y Noruega superan la primera cifra, mientras que las grandes potencias económi-

cas mundiales ocupan los últimos lugares de la lista: la RFA, con un 0,27 por 100, figura en el onceavo puesto; USA sólo llega al 0,422 por 100, y Japón al 0,21 por 100. El "grupo de los 77" se niega a seguir aceptando semejantes migajas de quienes con la otra mano los saquean impunemente.

Para agravar las cosas, del total de esa ayuda un 90 por 100 se dirige a los sectores productivos modernos, mientras que sólo un 15 o un 20 por 100 va destinado a la agricultura, cuando un 66 por 100 de los habitantes del Tercer Mundo viven de este último sector. Lejos de destinarse a la construcción económica de esos países, lo cual exigiría antes de nada una revolución agrícola en toda la regla, dichas ayudas buscan interesadamente reforzar sobre todo los sectores industriales, grandes consumidores de tecnología occidental.

Aquí, sin embargo, se produce una nueva contradicción: el Tercer Mundo, la periferia, se industrializa, pero sus productos no consiguen exportarlos al centro del sistema. A raíz de la crisis energética de 1973, los países industrializados de Occidente iniciaron en efecto una estrategia defensiva frente a las importaciones de productos manufacturados a bajo coste —gracias a unos sueldos de hambre— en el Tercer Mundo. Y en la última reunión del GATT, celebrada en Ginebra poco antes de la Semana Santa, se decidió el establecimiento de cupos rigurosos de importación para aquellas mercancías que pudiesen poner en peligro a las industrias locales: aceros, cueros, textiles; pero también bicicletas, zapatos o electrodomésticos. En este punto, Gobiernos y sindicatos están de acuerdo. Si se aboliesen las barreras aduaneras, muchas industrias tendrían que cerrar ante la competencia "desleal" de los productos importados del Tercer Mundo.

Cuando los mercados potenciales de Occidente se cierran en banda, ¿qué valor tiene una declaración como la de Lima, según la cual, para el año 2000, hasta un 25 por 100 de la producción industrial mundial debería corresponder a países tercermundistas? Y, aunque —colmo de las venturas— se llegase finalmente a ese 25 por 100, ¿a quién pertenecerían esos productos allí manufacturados? ¿Qué

multinacionales se encargarían de distribuirlos por el mundo? ¿Dónde irían las ganancias? Y también, ¿quién se ocuparía de los fletes? Ahora, por ejemplo, no obstante generar el 60 por 100 de todos los fletes marítimos, el Tercer Mundo apenas controla el 8 por 100 de la flota comercial.

Frente a todos estos y otros abusos, los países tercermundistas tratan de plantear estos días en Manila una larga serie de exigencias: un reparto más equilibrado de los fletes entre países importadores y exportadores; apoyo para enjugar el déficit creciente en sus balanzas de pagos, del que culpan sobre todo al proteccionismo de Occidente; posibilidades de supervisar los créditos concedidos por los organismos mundiales como el FMI; condonación de las deudas pendientes y que muchos de esos países creen no poder jamás satisfacer; establecimiento de un nuevo código de conducta para la transferencia de tecnología, que es una importante vía de penetración del capitalismo en los mercados tercermundistas, y creación de un fondo estabilizador de los precios de las materias primas: se habla de 750 millones de dólares, cantidad que el "grupo de los 77" considera ridícula.

Cierto es que existen profundas desavenencias entre los países englobados bajo la engañosa etiqueta de "Tercer Mundo". ¿Cómo no iba a haberlas entre un Kuwait, por ejemplo, que tiene una renta "per cápita" de 15.480 dólares, y un Bangla-Desh, que apenas pasa de los 100 dólares por habitante? Son desavenencias oportunamente atizadas, además, por los países ricos. Las "burguesías dependientes" de los Estados tercermundistas tratan de encontrar un puesto en el sistema capitalista mundial en detrimento de las más débiles. Es, en una palabra, la ley de la selva.

Calculan los estadísticos que, para finales de siglo, más de 600 millones de hombres vivirán dentro del Tercer Mundo en la más absoluta miseria. Mientras nos entretenemos contando el número de cabezas nucleares que tiene cada nuevo modelo de misil, nos olvidamos de que existe una bomba con espoleta retardada que puede estallar en cualquier momento bajo nuestros pies. ■

(1) UN Conference on Trade and Development (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo).

(2) Ver "Información: la guerra de los mundos". (TRIUNFO, núm. 826.)